

Las costumbres

Cuando yo era pequeña preguntaba siempre muchas cosas, los niños de ahora, sorprendentemente no preguntan casi nada, me digo yo si será porque la televisión les habrá cambiado el cerebro y los ha vuelto catatónicos, las imágenes infernales de los videojuegos excluidas, porque todavía no ha pasado el suficiente tiempo evolutivo, a mi parecer, para que el ordenador se sume a tal catástrofe, debido a lo reciente de su implantación en escuelas y hogares, pues decía yo que cuando al principio preguntaba, mis profesores me escuchaban con gran interés, lo que me animaba a saber más cosas, antes de que pusieran mala cara, o porque no sabían la respuesta o porque temían lo que se les venía encima si a los demás se les contagiaba el ansia de saber, por lo que empecé a morderme la lengua y a aguantarme el cosquilleo de la curiosidad, repitiéndome como un mantra : "por la boca muere el pez", antes de formular la siguiente pregunta, dado que no ponían muy buena cara.

Luego, con el tiempo fui aprendiendo a responderme a mí misma, aunque reconozco que fue un camino tortuoso y casi sin guía, que me hubiera sido de gran utilidad y me hubiera hecho avanzar más deprisa. Por ejemplo, recuerdo que me intrigaba mucho que las mujeres del Oeste americano vistiesen siempre con largos vestidos en el desierto, con lo incómodo y absurdo que era eso, y que el héroe diese tanta importancia a tener buena puntería y que sin embargo la dama fuera tan torpe y desvalida en el manejo de la misma, y nunca aprendiera a manejar con soltura el *colt*, aunque sí de vez en cuando un pesado fusil, hasta que aparecía el caballero andante de costumbre que la hipnotizaba con su destreza y ante el que caía rendida, aunque en realidad aquella mirada de acero y su falta de sonrisa se debiese en la mayoría de los casos a que se acariciaba los molares con la punta de la lengua porque tenía caries, y no abundaban en el lejano Oeste los dentistas, y se le había quedado aquella cara que parecía interesante, pero que la dama tardaría aún un buen tiempo en caer de la cuenta de que no había en aquel gesto inteligencia ninguna. Mi hermano, para variar, copiaría muchas veces aquel gesto, y como yo sabía que caries no tenía deduje que era para que las chicas se le rindieran, lo cual me llevó a pensar si eran necesarias tantas chiribitas para acabar haciendo lo mismo que el pavo real ante la hembra, después de tantos siglos de evolución. Lo peor era el acento tonto y desvalido a lo Marilyn que adoptaban ellas para que mi hermano abriera más el abanico de sus méritos ante su indefensión. Estaba claro que las películas del Oeste ilustraban y formateaban muchos aspectos de nuestra vida cotidiana y que más de una echaría de menos las incómodas faldas para mejor parodiar a la dama menesterosa.

Pues bien, mis profesores saldaban el asunto encogiéndose de hombros y diciéndome sencillamente que se vestían así porque era la moda de los tiempos, y que las damas no disparaban porque aquello era cosa de hombres.

La respuesta no me satisfacía y callaba por discreción, aunque mi ira iba en aumento, tanto como mi sonrojo por la respuesta, como si me consideraran estúpida para no saber que las modas cambiaban, pero yo no preguntaba eso. ¿Cómo que era cosa de hombres si manejaban fusil? Y pasaron años antes de que descubriera yo misma la respuesta: que no eran de allí y que llevaban y mantenían consigo las costumbres de la época previctoriana y que por eso arrastraban por el desierto unos vestidos de ciudad absurdos que a los nativos, a los que ellos llamaban primitivos e incivilizados, no se les hubiera ocurrido usar ni locos. Y que no disparaban por razones similares: las mujeres, por ejemplo, cosían y los hombres disparaban, que para eso eran los que siempre habían traído el *gibier* a casa. Poco importaba si ahora estaban casi en la luna y debían de usar escafandra en lugar de tules, eran tan absurdos y tenían sus roles tan arraigados que si la moda era usar tutú, hubieran metido los tules y miriñaques debajo de la escafandra, aunque fuera una necedad. Supongo también que el *colt* estaría demasiado unido a la idea de lo masculino para que le dejaran una parcela a la mujer que tuvo que ir escalando derechos y puestos poco a poco.

Un día se me ocurrió preguntar por qué los hombres no iban nunca a la compra, la moda de *los singles* que empujan el carrito aún lejano, y también la de la mujer trabajadora que no puede estar en todas partes y necesita ayuda en las tareas domésticas, y mi madre me preguntó entonces si había alguna vez visto a una mujer peón o albañil, y como yo puse cara de escepticismo y le dije que no porque eran más listas como para cargar con trabajos pesados si los había más livianos, que para eso los que presumían de fuertes eran ellos, pero que comer comíamos todos y que a ver por qué cuando se acababa la leche el abuelo ponía el grito en el cielo o pasaba sin desayunar en lugar de acercarse un momento a la tienda, con lo fácil que era, o que ella inventase disculpas diciendo que la niña no había hecho bien el recado, lo cual o era mentira o yo no lo recordaba, y mi madre me dijo después de abrir los ojos como platos y encogerse de hombros que no se podía cambiar el mundo, lo cual aún me enfurecía más, porque lo lógico era que si algo estaba mal se rectificase.

Con el tiempo también aprendí que las costumbres aunque estén mal son muy difíciles de cambiar. Por ejemplo, aprendí que lo lógico es que los pájaros vuelen, pero que si están enjaulados y los sueltas que no quieren volar y regresan a la jaula, y que aún resulta más difícil hacerlos volar de verdad, y que rechazan esa libertad. Lo cual me lleva a la reflexión primera: ¿por qué los niños ya casi no hacen preguntas cuando lo natural es preguntar? Y llego a la misma conclusión: están saturados de imágenes. Tantas que ya no leen, no les gusta leer y se sientan a jugar con imágenes vertiginosas. La imagen y la fantasía les hace pensar que todo es posible, y esa posibilidad de lo inmediato mata su curiosidad y la verdadera sed de conocimientos. Ahogados en imágenes que cambian constantemente de color a su antojo a velocidades cada vez más rápidas, ya no les llama la atención una puesta de sol de verdad, infinitamente mejor. Ni siquiera salen a verla.

Cambiar esas costumbres nos va a dar el doble de trabajo: nuestros hijos enjaulados delante del televisor y los videojuegos y sus madres enjauladas trabajando fuera, y con poca paciencia al regresar de sus trabajos para dedicarles el tiempo que precisarían para cambiar esas feas costumbres, nuestros hijos ya no quieren volar de verdad.